

Oración humilde y corazón grande¹

1. *Jesús predicaba la buena nueva del Reino y curaba a la gente de toda enfermedad²*. Con estas palabras, san Mateo resume la tarea realizada por el Señor a lo largo de toda su vida e ilustrada muy vivamente en el pasaje que acabamos de escuchar³. Pienso que del encuentro de Jesús con la cananea podemos desprender dos importantes lecciones para nuestra vida interior: 1) las notas que deben caracterizar nuestra oración; y 2) la necesidad de agrandar el corazón para que sea realmente universal.

En primer lugar las tres notas de la oración de los hijos de Dios: *fe, humildad y perseverancia*. ¡Con qué claridad brillan las tres en el comportamiento de esta mujer!

Comencemos por ubicar el suceso. Ocurre en la comarca de Tiro y Sidón, en la periferia de Palestina, en un territorio de la antigua Fenicia que ahora corresponde al Líbano. Una región pagana donde habitaba esta conmovedora mujer a la que, muy probablemente, habrían llegado los ecos de la predicación y de los milagros que Jesús realizaba en la cercana Galilea.

a) Lo que es evidente es que ella acude a Jesús con una *fe* que impresiona. Llama a Cristo como Señor y no tiene duda alguna de que puede liberar a su hija del grave mal que la aqueja. Recuerda san Agustín que entre la oración y la fe hay una relación muy estrecha: *la fe hace brotar la oración y la oración, en cuanto brota, obtiene la firmeza de la fe⁴*.

b) Tras la fe, brilla la *humildad*. Esta buena mujer no se siente ofendida por la aparente dureza con la que la trata el Maestro. Ella reconoce su situación personal, sabe que no pertenece al pueblo elegido, asume, por tanto, su propia pequeñez e indignidad e insiste con una audacia que termina por conmover a Jesús. *No está bien quitarles el pan a los hijos para echárselo a los perritos*, había dicho el Señor. Y, ella, con una rápida intuición que a la vez que capta el sentido de la metáfora, la reconduce a su favor, responde: *Es cierto, Señor, pero también los perritos se comen las migajas que caen de la mesa de sus amos*. Una actitud así de humilde, desarma a Jesús. Por lo que nos resulta lógica su frase final: *Mujer, ¡qué grande es tu fe! Que se cumpla lo que deseas*.

c) Por último, la *perseverancia*. Como aquella mujer es humilde y no le importa mayormente su propia persona, sino la curación de su hija, nada la detiene e insiste en su petición con una inflexible tenacidad hasta que alcanza su objetivo.

Resulta muy fácil, y más en este mes de agosto, evocar la tierna figura de santa Mónica, la madre de san Agustín. Como todas las madres, Mónica no pensaba más que en

¹ Domingo XX, ciclo A

² Aclamación antes del Evangelio, cfr. Mt 4, 23.

³ Mt 15, 21-28

⁴ SAN AGUSTÍN, *Sermón 115*, citado en F. FERNÁNDEZ CARVAJAL, *Hablar con Dios*, in loc.

el bien de su hijo, y sufría lo indecible viendo los malos pasos que estaba dando en la vida. Un buen día, para su enorme consuelo, escuchó de un santo obispo estas palabras: *¡Vete en paz, mujer!, pues es imposible que se pierda el hijo de tantas lágrimas*⁵. Más tarde el propio Agustín dirá: *Si yo no perecí en el error, fue debido a las lágrimas cotidianas llenas de fe de mi madre*⁶.

2. Hablábamos antes de dos lecciones, las notas de la buena oración en primer lugar y, ahora, la segunda: la necesidad de agrandar el corazón. Aprender de Cristo a acoger al extranjero, al diferente, incluso al opuesto. El Señor que ha venido inicialmente a salvar a *las ovejas descarriadas de la casa de Israel*, en esta ocasión como en algunas otras (la samaritana del pozo de Sicar o el centurión de Cafarnaún, por ejemplo) hace una excepción y remedia la dolorosa situación de aquella alma.

En la primera lectura escuchamos cómo todo esto estaba ya de alguna manera profetizado. Al venir el Mesías de Israel, se habrían de derribar todos los muros del odio, de los miedos y prejuicios: *mi salvación está a punto de llegar y mi justicia a punto de manifestarse. A los extranjeros que se han adherido al Señor para servirlo, amarlo y darle culto (...) los conduciré a mi monte santo y los llenaré de alegría en mi casa de oración*⁷. Para Dios todos los hombres somos objeto de su misericordia, como nos ha recordado san Pablo en la segunda lectura⁸. Todos somos llamados a vivir como hermanos.

3. Ante los dolorosos sucesos de Barcelona o de Charlottesville, Virginia que, por otra parte, no son muy distintos de los hechos de exclusión, intolerancia y racismo que estamos viviendo en muchas partes de México (en el sur de nuestro país, por poner un ejemplo, comunidades indígenas que durante siglos habían vivido en una pacífica y armoniosa convivencia, están ahora fuertemente enemistados por motivos religiosos), ante esa preocupante situación, repito, nosotros, creyentes, conscientes de ser hijos de Dios, que aspiramos a ser cristianos coherentes, ¿cómo hemos de reaccionar?

Pues, en primer término, no olvidando que todos estos lamentables sucesos (terrorismo, venganza, odio racial, violencia, intolerancia...) vistos con visión sobrenatural son, antes que nada, ofensas a Dios. Y exigen por nuestra parte, una cierta reparación. Ahora que por tantos medios de comunicación nos llegan diariamente esas noticias, elevemos frecuentemente al Señor una breve plegaria de desagravio.

Luego, debemos pensar en nosotros mismos y en el ambiente que nos rodea. Detectaremos, tal vez, en nuestro propio comportamiento gestos que reflejan falta de respeto, viejos resentimientos o incluso actitudes de violencia, verbal o física. Habrá que proceder, entonces, a corregirlos de inmediato. Y, en cuanto sea posible, repararlos.

⁵ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, 3, 12, Ibid.

⁶ SAN AGUSTÍN, *Tratado sobre la perseverancia*, 20, 53, citado en F. FERNÁNDEZ CARVAJAL, *Hablar con Dios*, in loc.

⁷ Primera lectura, *Isaías*, 56, 1. 6-7.

⁸ *Romanos* 11, 13-15.29-32.

Una última recomendación: Pedir al Señor de la Misericordia que sepamos acercar nuestro corazón a las debilidades y miserias, espirituales o materiales, de aquellos con quienes convivimos. También de quienes nos puedan parecer que no lo merecen. Habremos seguramente escuchado o leído recientemente esa atinada frase: “ámame cuando menos lo merezco que es cuando más lo necesito”.

Como siempre, aprendamos de María, Madre de Misericordia.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 20 de agosto de 2017